



EXPLORACIONES DE LOS GALESES EN LA MESETA

Coronato, Fernando

Instituto Patagónico para el estudio de las ecosistemas continentales (IPEEC-CONICET), Puerto Madryn – Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales (UNPSJB – FHyCS) Trelew - Chubut
E-mail: coronato@cenpat-conicet.gob.ar

Resumen

En este trabajo se analizan las exploraciones que los colonos galeses realizaron en la Patagonia desde su instalación en ella en 1865. Apelando a fuentes mayormente inéditas, se detallan especialmente las exploraciones de los primeros años, sus motivaciones y sus consecuencias. Se muestra que desde el comienzo el rumbo oeste era percibido como el más favorable y deseable, lo que anticiparía la expansión de la colonia galesa en esa dirección décadas más tarde. Se propone una clasificación de las exploraciones en base al período y las causas de su realización.

Palabras clave: Patagonia – Colonización – Exploración - Toponimia

EXPLORATION OF THE WELSH IN THE PLATEAU

Abstract

This project deals with the explorations conducted by the Welsh settlers in Patagonia since their settlement in 1865. Appealing to mostly unpublished sources, explorations of the early years are especially detailed, as well as their motivations and their consequences. It is shown that from the very beginning the westbound was perceived as the most favorable and desirable, which anticipate the expansion of the Welsh colony in this direction some decades later. A classification of the exploratory trips is proposed based on the period and their causes.

Keywords: Patagonia – Colonization – Exploration - Toponymy

1. Las exploraciones curiosas

Cuando el centenar y medio de galeses desembarcó del velero Mimososa en Puerto Madryn en julio de 1865, el conocimiento que traían del lugar al que llegaban era muy escaso y en parte erróneo. Habían oído hablar mucho de la Patagonia, pero a decir verdad de ella sólo se conocía aceptablemente bien la línea costera, mientras que toda la geografía del interior estaba aún por construirse, empezando por la soberanía incierta de la región.

La colonia se establecía en el lugar propuesto por el almirante Fitz Roy 30 años antes, en completa ignorancia de lo que se escondía detrás del horizonte. Otro británico, Henry Libanus Jones, hubiera podido aportar algún conocimiento del interior, pero su mapa de la región, confeccionado en Buenos Aires en 1854, no estuvo al alcance de los galeses.

El mapa de la Patagonia que conocían los colonos era el publicado en el Manual de la Colonia Galesa (Hughes, 1862), volumen propagandístico editado por la misma organización que los traía a Eldorado. Dicho mapa ubica los principales rasgos geográficos de la región con aceptable exactitud; la cordillera de los Andes, aparece correctamente situada, pero la ausencia de escala del mapa no permite cuantificar la distancia. Por lo demás, bastante información errónea había en ese librito, analizado por Bowen (1966) y Wood (2014). Y haya sido honestamente escrito o no, lo cierto es que sólo aumentó el mazazo que la realidad patagónica asestó a los colonos en cuanto llegaron.

“Cuando el Mimosa se volvió, nos poseyó un sentimiento extraño al quedarnos como peregrinos en el borde del gran desierto de la Patagonia sin saber qué había más allá” (T. Jones, 1926).

La región era muy diferente a lo que esperaban, pero aun así el limitado entorno del valle inferior del río Chubut llegó pronto a parecerles familiar y seguro.

Durante los primeros años de su establecimiento en el Chubut (1865-1868), los colonos galeses escribieron cartas en las que se encuentran algunas referencias geográficas que reflejan su tenue conocimiento del interior del territorio patagónico. Por ser anteriores a la exploración de Musters (1870-71) estas referencias encierran información indirecta, imaginada en Europa o transmitida por los aborígenes y son en todo caso el bagaje geográfico con que los galeses enfrentaron su instalación en la Patagonia.

El elemento geográfico que surge nítidamente desde el principio es la cordillera de los Andes, que aunque invisible, era percibida como mucho más cercana y accesible, o aun como un punto de referencia cotidiano. Esta concepción errónea, sumada a los comentarios muy favorables que pronto empezaría a hacer los aborígenes, acicateó desde el comienzo de la colonización los deseos de los galeses de acceder a esa región. Empero, sucesivos intentos en ese sentido fueron demostrando la verdadera distancia a la que se situaban los Andes, los que demoraron veinte años en ser alcanzados.

Apenas instalada la Colonia en Rawson, el oeste se perfila enseguida como la dirección apetecida: “Descubrimos piedra para construir y la madera es mejor a medida que se remonta el valle” (R. Berwyn, 17-XI-1865; BMS 78629).

Los troncos arrastrados por el río fueron tempranamente interpretados como un indicio de la existencia de bosques río arriba y la suposición de una zona más fértil hacia el oeste, llevó a los colonos a intentar alcanzarla, aún antes del primer contacto con los tehuelches.

En diciembre de ese año 1865 un pequeño grupo remontó el valle inferior del Chubut unos 100 km aguas arriba de la colonia. Los tranquilizó el hecho de que la infranqueabilidad de los roqueríos que les impidieron continuar hacia el oeste, significaba -creían ellos- que los indígenas tampoco podrían pasar en sentido contrario:

El 26 de diciembre, ocho de los nuestros salieron valle arriba para ver cómo era la región, pensando llegar a los Andes antes de regresar. Remontaron unas 150 millas pero no fue suficiente para alcanzar los Andes. Los exploradores tuvieron que regresar porque se les acababa la comida y ellos y los caballos estaban muy cansados. Vieron buenas tierras [...] y rocas más imponentes que las que habían visto en Gales (J. Jones, 5-III-1866; BMS 78629)

A raíz de esta primera exploración hacia el oeste, los galeses aprendieron que la cordillera quedaba más lejos de lo que creían, pero de todas maneras, regresaron satisfechos con las tierras recorridas: "Estuve fuera de casa para ver los Andes y volvimos a las cuatro semanas, vi valles lindos y fértiles" (M. Humphreys, 2-III-1866; BMS 78629).

Poco tiempo después de esta primera exploración del interior, en abril de 1866, se produce el primer contacto con los tehuelches, con quienes no sólo comienzan a intercambiar bienes sino también información. Así, si bien la incógnita del extra-muros inmediato había disminuido un poco, los comentarios de los nativos no dejan de acicatear el deseo de los colonos de alcanzar esas tierras cuya descripción contrastaba abiertamente con el austero entorno del valle inferior del Chubut.

Los indios dicen que hay una región espléndida a unos cinco días de caballo, hacia arriba, por el lado sur del río, que es mucho mejor que Punta Ninfas y Valdés. En el medio de esa región hay un río que nace en un lago muy grande, a orillas de ese lago hay diversas clases de árboles muy altos y hay varios que quieren ir a explorar ese lugar (H. Hughes, VIII-1867; BMS 78629).

Con todo, aun sabiendo que la cordillera no quedaba cerca, toda aproximación hacia ella era percibida como una mejora, como si un gradiente ambiental positivo hacia una cordillera idealizada fuese parejo y constante hacia el oeste y empezara en la misma costa del Atlántico.

Creo que hay una región muy adecuada para la agricultura a unas 100 ó 200 millas hacia el oeste, río arriba, porque allí llueve unas cuatro veces más. Si vemos que esta parte del valle es demasiado seca, nos mudaremos hacia el extremo superior del valle superior, que está a 50 millas río arriba. Allí llueve más que acá y esto se debe a que las montañas altas que hay en el extremo del valle superior atraen la lluvia. Cuatro colonos remontaron el río hasta esas montañas y cuentan maravillas. Dicen que vieron tinturas de todo tipo y abundancia de piedras para

techos y pisos. Los indios dicen que en una parte río arriba hay mucho carbón y que lo usan para quemar (anónimo, 15-X-1866; BMS 78629).

A todas las bondades ambientales que se suponía presentaba el rumbo oeste, hubo que agregarle, ya desde los primeros años, el acicate del oro:

[Los mismos exploradores] también vieron mucha sal e indicios de mineral de hierro y de cobre. En cuanto al oro, puedo asegurarles que hay polvo de oro en toda la región y yo estuve en ella. Aquí hay algunos hombres que trabajaron en minas de oro y dicen que se pueden hacer 5 ó 6 libras por día recogiéndolo, si se tienen los implementos necesarios para hacerlo (J. Jones, 5-III-1866; BMS 78629).

Así pues, el oeste representaba todo lo deseable, empezando por agua y tierra fértil, siguiendo por árboles y materiales para construir, pasando por carbón y terminando por oro. Esa parece ser la conclusión a la que los galeses llegaron en sus primeros años de aprendizaje del medio patagónico, antes de que sus primeras exploraciones fuera del valle del Chubut, en 1870 y 1871, les mostraran un panorama geográfico mucho más variado de lo imaginado.

II. Las exploraciones desesperadas.

Los durísimos años iniciales mantuvieron a los colonos demasiado ocupados en su propia supervivencia como para permitirles explorar más allá de las bardas grisáceas que limitan el valle inferior. Recién a fines de 1870 volvieron a incursionar dentro de la geografía patagónica, y no lo hicieron para explorar sino forzados por la necesidad de quebrar el completo aislamiento en que se hallaban desde hacía más de un año. En efecto, desde junio de 1869 no había llegado ningún barco desde Carmen de Patagones o Buenos Aires. El único arribo fue el del bergantín galés *Myfanwy*, que en mayo de 1870 trajo a un puñado de nuevos colonos y algunas mercancías desde Gran Bretaña. Así, entre fines de 1870 y comienzos de 1871 se realizaron dos intentos para romper el aislamiento y llegar a Carmen de Patagones por tierra. El primero fue bordeando la costa del mar, llevando un alambique para destilar agua para el consumo de hombres y animales. El aparato no dio abasto y sólo llegaron hasta el paralelo 42º, teniendo que regresar a la Colonia con grandes penurias.

Los galeses comprobaron así la imposibilidad de la ruta costera en verano, por falta de agua, y comprendieron por qué la rastrillada indígena entre los ríos Chubut y Negro daba un larguísimo rodeo por las mesetas del interior donde las aguadas nunca faltan del todo. Justamente a fines de ese mismo verano de 1871, emprendieron esa ruta guiados por hombres de la tribu de Chiquichan. Se internaron unos 400 kilómetros al noroeste, pasando

por Ranquilhuau, las elevaciones a las que los galeses denominarían *Bannau Beidio* [picos enhiestos] y Gan Gan, hasta alcanzar el campamento del cacique en *Kytsaki*. Allí fueron recibidos fríamente, quizás porque debido a la escasez extrema que padecía la Colonia, no habían llevado ningún artículo para intercambiar o regalar a los indígenas. Así, en proximidades de Maquinchao decidieron regresar a la Colonia, pero antes de emprender el regreso remitieron a través de los nativos una carta a las autoridades de Carmen de Patagones. La carta estaba fechada en “Campamento de Indios, 100 leguas de *Chuva*”, y contaba que estaban sumamente escasos de víveres por el fracaso de las cosechas y que sólo se mantenían “con leche y otras frugalidades”. Lewis Jones, uno de los exploradores, escribiría sobre este viaje:

Anduvimos hacia el oeste con ellos durante 250 millas por una región con agua, montañas y pasto, pero tuvimos que dar la vuelta porque nuestros caballos estaban rendidos. Sin embargo este último viaje resultó útil pues gracias a él vimos bastante de una buena región [situada] detrás de nuestra ubicación actual y que sin duda está llena de recursos económicos de distintas clases. [...] En nuestro camino recogí muestras de buen mármol blanco, en un sitio donde hay un monte de él, piedra totalmente caliza (¡la quemé!), arenisca roja, vetas de formaciones carboníferas y granitos de dos o tres clases....(AGN, 1871)

Seguramente Lewis Jones quedó interesado en recorrer más detenidamente esa región que juzgaba prometedora, y para el verano siguiente organizó, junto a Richard Jones y Aaron Jenkins, una nueva exploración del área. Efectivamente, la exploración parece haber sido el único objetivo de este viaje ya que no pretendía llegar a ningún lugar en especial ni cumplir con una misión determinada.

Las informaciones que disponemos sobre este viaje son bastante escasas. En su reseña sobre las exploraciones de la Patagonia, W. Lloyd Jones (1930) apenas le dedica unas pocas líneas, por lo demás no del todo exactas. Lewis Jones (1898) tampoco dedica a esta exploración más que unas líneas de su crónica, y Richard Jones (1919), en sus memorias publicadas en *Y Drafod* ni siquiera menciona este viaje. Con tan escueta información, autores modernos como Glyn Williams (1969) y David Rhys (1976) que reseñaron las exploraciones de los colonos galeses, no pudieron agregar mucho más. Sin embargo, a mediados de los años ochenta apareció en Gaiman el manuscrito del diario de viaje llevado por el tercer participante de la expedición, Aaron Jenkins, quien dejó un relato muy informativo (Coronato, 2004). El escrito permite apreciar la confianza con la que los galeses se movían en pleno territorio indígena, sin expresar el menor temor o recelo ante la eventualidad de un encuentro con los nativos, que de hecho no se produjo. Jenkins y sus

compañeros recorrieron un total de 590 Km en dieciséis etapas (un promedio de 37 Km por día de marcha). Descansaron tres días: los dos domingos -fieles a sus preceptos religiosos- y el día siguiente de un tramo especialmente cansador. Regresaron a sus casas a los diecinueve días de haber salido, justo para celebrar en familia la Navidad de 1871.

La mayoría de los nombres de parajes que Jenkins da por sentados, en realidad son topónimos puestos por ellos en esa ocasión. Aunque muy pocos de los mismos han perdurado, constituyen datos de interés por ser una forma concreta de la incorporación del paisaje y como tales fueron incluidos en la lista de topónimos elaborada por Casamiquela (2000). Entre las denominaciones que perduraron hasta nuestros días pueden citarse Bajo del Diablo, Bajo de la Suerte y Rincón del Bagual en proximidades de la actual localidad rionegrina de Cona Niyeu, el punto más alejado al que llegaron.

El oeste y el noroeste fueron, pues, las direcciones privilegiadas por los galeses en sus primeras exploraciones. El primero lo era por la facilidad de remontar el valle del río Chubut y contar con agua en el camino hacia la región idealizada, y el segundo porque era la única posibilidad de conectarse por tierra con el resto del mundo. También en 1871, remontando el río Chubut los galeses llegan hasta su confluencia con el río Chico (*Afon Fach* en galés) denominación que ellos dieron a este río (el mismo que los tehuelches llamaban lámacan y Simón de Alcazaba en 1535 llamó Guadalquivir). El nuevo valle les abría un camino seguro hacia el suroeste, sin embargo recién en 1877 los galeses explorarían el valle del Chico y llegarían hasta el lago Colhue Huapi y luego hasta el río Senguerr.

Hacia el oeste, para evitar el pronunciado recodo del río Chubut hacia el sur, en 1871 se atrevieron abandonar el valle y acortar camino por el atajo que los tehuelches llamaban *Kela*, al que denominarían en galés *Hirdaith Edwyn* (travesía de Edwyn). Esta rastrillada indígena vuelve a encontrar el río Chubut en *Kel Kein*, que los galeses llamarán *Dol y Plu* - nuestro Las Plumas actual. En las narraciones de aquellos años abundan referencias a la dificultad de esta travesía, pedregosa y seca, sobre todo en verano, y por eso en esa estación los galeses preferían cruzarla de noche. El ahorro de dos días de viaje hacia el oeste bien valía el esfuerzo de enfrentar la travesía aunque hubo veces en que perros o caballos no conseguían llegar al otro lado y morían de sed en el camino.

III. Las exploraciones expansivas.

La década de 1870 que había empezado en la estrechez y el aislamiento para la colonia galesa, terminaría viéndola afianzada y en pleno desarrollo, especialmente a partir de 1874 cuando llegaron nuevos contingentes de inmigrantes procedentes de Gales y de los Estados Unidos que triplicarían la población. Sin embargo a fines del decenio la colonia se vería envuelta en el conflicto armado entre el gobierno argentino y los pampas y tehuelches (los mapuches no estaban todavía en las mesetas del este). En efecto, la “Conquista del Desierto” colocó a los galeses en la incómoda situación de quedar entre dos fuegos. Para peor, los galeses mantenían buenas relaciones con ambos bandos y la condición neutral que intentaron mantener fue interpretada como sospechosa tanto por los militares como por los indígenas. La intercesión a favor de los tehuelches ante las autoridades nacionales que ensayaron los galeses no tuvo mayor éxito y la circulación por el interior, hasta aquí -como vimos- sin otra preocupación que los rigores naturales, se llenó de precauciones y resquemores y las exploraciones se restringieron.

En 1883 las tropas nacionales argentinas, que hasta entonces habían limitado sus operaciones a lo que hoy son las provincias de Río Negro y Neuquén, se internaron al sur del paralelo 42°, donde habían buscado refugio las tribus de los caciques Sayhueque, Inacayal y Foyel, región en la que todavía se movían con cierta libertad Chagallo, Chiquichán, Kankel y otros caciques pampas y tehuelches. Comandadas por Lino Roa las tropas nacionales, luego de enfrentarse con los hombres de Inacayal en la confluencia de los ríos Genoa y Senguerr, se dirigieron hacia la Colonia galesa y acamparon en Corral Charmata, a unos 100 km al oeste de Rawson. Allí permanecieron dos semanas para reponer la caballada. En esa ocasión, un grupo de jóvenes galeses buscadores de oro se encontraron con los militares y presenciaron algunas escenas de ensañamiento contra tres prisioneras indígenas que habían sido matadas por las tropas (Roberts, 1995). Los galeses desoyeron el consejo de Roa de suspender su exploración, pero espoleados por el reflejo del oro se arriesgaron a adentrarse valle arriba. Es por esta motivación y en este contexto bélico que hay que situar al único hecho de sangre ocurrido entre galeses e indígenas: la bien conocida emboscada que costó la vida a tres galeses en manos de hombres de la tribu de Foyel el 4 de marzo de 1884. El hecho nos es conocido gracias al único sobreviviente, John Daniel Evans, y pasó a la historia regional como “la masacre de los mártires”, nombre que pasó al valle donde tuvo lugar y a la circunscripción administrativa que lo contiene (Departamento Mártires).

Bastante se ha escrito sobre este hecho tan puntual como lamentable; los aportes

más recientes son los de Paul Birt (2008) y Jeremy Wood (2016). Hay acuerdo en considerar que este ataque marca el fin del período de la historia del Chubut en el que las relaciones entre galeses y nativos fueron cordiales y en un pie de igualdad y de mutuo beneficio. Ante la irrupción del Estado Nacional, *manu militari*, los indígenas quedaron subsumidos y los términos de su relación con los galeses se desbalancearon definitivamente. Sin embargo, en ambas culturas quedó siempre el tenue recuerdo de la época de los vínculos amistosos y sin interferencias, situación idealizada que últimamente está siendo rescatada por la historia, el cine, la literatura y el turismo. Para citar sólo un ejemplo de cada disciplina puede mencionarse respectivamente a Gavirati (2017), Masliah (2015), Centeno (1991) y al “Encuentro de Dos Culturas” que se desarrolla en Puerto Madryn el 28 de julio de cada año desde 2000.

La campaña militar (1879-1884) y la consecuente incorporación del territorio de la Patagonia al efectivo dominio de la República Argentina, terminó con la situación de (esforzada) soledad de los galeses frente a la Patagonia y a sus habitantes originarios. Otros actores entraron paulatinamente en escena y para los galeses terminó la etapa de la exploración romántica y soñadora.

Quizás la última escena de este acto fue la campaña de exploración que los galeses organizaron junto al primer gobernador del nuevo territorio nacional, el recién llegado comandante Luis J. Fontana. Por primera vez los galeses compartían una exploración “oficial”, que convenía a su viejo anhelo de llegar a la cordillera de los Andes y al deseo del nuevo gobernador de conocer el territorio bajo su mando. Fue así como a fines de noviembre de 1885 -veinte años después de su llegada a Puerto Madryn- los galeses pudieron ¡por fin! cumplir su sueño de poner pie en los Andes y ver con sus propios ojos la región de la que tanto les habían hablado los tehuelches y que tanto les recordaría a las montañas de Gales. El valle por el cual entraron a los bosques cordilleranos, el de los ríos Corinto y Percy, les resultó encantador, y así lo llamaron, Valle Encantador, *Cwm Hyfryd* en galés, nombre que continúa usándose.

La expedición de “Los Rifleros del Chubut” fue repetidamente tratada y estudiada, empezando por el relato de Fontana (1886) y se la considera el primer paso en la ocupación formal del conjunto del territorio. Para los galeses significó cumplir el sueño de descubrir por fin el oeste, que pronto harían suyo, y pasar en limpio sus exploraciones anteriores, de una época de asombro que ya no volvería.

IV. Las exploraciones definitivas.

La última gran contribución de los galeses en el conocimiento de la geografía del Chubut fue en la década siguiente, 1890, en la que el ingeniero-agrimensor galés Llwyd Ap Iwan realizó diversas exploraciones por el interior del Chubut y las regiones limítrofes. En sus viajes, llegó por el suroeste hasta al lago Buenos Aires y la zona de Coyhaique, en Chile, por el sureste hasta Puerto Deseado, por el noroeste hasta el lago Nahuel Huapi y por el noreste, valle del río Negro y península de Valdés.

Los diarios de varios de estos viajes hoy han tomado forma de libro (Roberts y Gavirati, 2008), y los mapas de los itinerarios resultan un muestrario de osadía y de respeto por los nativos cuyas rastrilladas siguió. En efecto, la toponimia consignada por Ap Iwan es mayoritariamente indígena, en marcado contraste con el nacionalismo nomenclador que exhibían otros exploradores de la Patagonia en esa época. Ap Iwan tenía el respaldo de una sociedad anónima creada ex profeso en 1893, la *Phoenix Patagonian Mining and Land Company*, cuya denominación refleja sus objetivos: oro y tierras. En efecto, para estos años el valle inferior del río Chubut ya resultaba estrecho para la población creciente y la Colonia galesa necesitaba expandirse sobre nuevas tierras agrícolas. Empezó por Cwm Hyfryd y siguió por el valle inferior del Senguerr, en Sarmiento, y estuvieron en la mira -a través de Ap Iwan- el valle del Deseado y el del río Fénix.

Para fines de los años de 1890, el territorio del Chubut, ya sin misterios y sin nativos en pie de guerra, empieza a ser colonizado por ganaderos ovinos que ocupan rápidamente los mejores pastizales, el centro-este próximo a Camarones, el noroeste entre Cushamen y Tecka, el suroeste hacia Facundo y Apeleg. Todo el territorio queda incorporado de hecho a la región ovino-exportadora, marcadamente anglófila, cuyo núcleo se ubica en el sur de Santa Cruz y Punta Arenas (Coronato, 2015). Muchos de la segunda generación de colonos galeses dejan las chacras del valle inferior y se convierten en ovejeros, como patrones o peones, en la meseta. Muchos otros, por simple afinidad cultural, se emplean en las grandes "estancias inglesas". Así, en 1904, en el mapa catastral del Territorio del Chubut -que en sus dos terceras partes permanece en blanco- entre un conjunto heterogéneo de patronímicos, aparecen varios apellidos galeses en pie de igualdad con el resto.

Los galeses, recién ahora, dejan de vivir agrupados en sus colonias chacareras, se mezclan con los otros inmigrantes, se suman a los demás pobladores y se desparraman por todo el territorio del Chubut, iguales a todos. Sin embargo, nadie podrá quitarles el honor de haber abierto las puertas de la Patagonia al resto del mundo, privilegio duramente ganado, que estos versos de la poetisa esquelense María Julia Aleman de Brand expresan muy bien:

*Y fuimos los primeros, sí,
después de los indios,
en mirar esta tierra cara a cara,
en medirla por pasos, no por varas,
en un tímido asombro de pioneros...*

Referencias bibliográficas

- AGN. Archivo General de la Nación, Expedientes del Ministerio del Interior, 1871-3, Exp. 364.
- Birt, P. (2008) Reconsiderando las fuentes galesas sobre los asesinatos de Kelkein de 1884. *Los Galeses en la Patagonia 3*. Puerto Madryn: Fundación Ameghino. 135-150.
- BMS 78629. *Patagonia neu Y Wladychfa Gymreig* (Patagonia o la Colonia Galesa), Bangor: Biblioteca de la Universidad de Gales, Salón de libros raros.
- Bowen, E. (1966) The Welsh Colony in Patagonia (1865-1885): A study in Historical Geography. *Geographical Journal* 132(1):16-31.
- Casamiquela, R. (2000) *Toponimia de los galeses en el Chubut*. Comodoro Rivadavia: Editorial Universitaria de la Patagonia.
- Centeno Humphreys, R. (1991) *El Evangelio y Don Eduardo*. Bariloche:Ed. del Autor
- Coronato, F. (2004). Diario de exploración al interior del Chubut: Aaron Jenkins, 1871. *Revista Párrafos Geográficos* 3 (3):37-45.
- Coronato, F. (2015) Ovejas, territorio y políticas públicas en la Patagonia. *Estudios del ISHiR*, 13: 6-19.
- Gavirati, M. (2017) *Chupat-Camwy Patagonia*. Historia de la coexistencia pacífica entre galeses, pampas y tehuelches. Villa Adelina, Buenos Aires: Patagonia Sur.
- Fontana, L. [1886] *Viaje de exploración en la Patagonia austral*. Buenos Aires: Continente, 2006.
- Hughes, H. (1862) *Llawlyfr y Wladychfa Gymreig* (Manual de la Colonia Galesa). Liverpool: Sociedad Galesa de Emigración.
- Jones, L. [1898] *La Colonia Galesa: Historia de una Nueva Gales en Sudamérica*. Rawson: El Regional, 1993.
- Jones, R. [1919] *Y Wladychfa Gymreig, Y Drafod*, 3-X-1919/29-X-1920. Traducidas al castellano como *Del Imperio al Desamparo*. Rawson: El Regional, 2002.



- Jones, T. [1926] *Historia de los comienzos de la Colonia en la Patagonia*. Trelew: Fundación Ameghino. 2000.
- Lloyd Jones, W. (1930) Ysbeithio neu archwilio Patagonia (Viajes o exploraciones en la Patagonia), *Y Drafod*, 24-X-1930.
- Masliah, A. y Alvarenga, H. (2015) *Yenu Kadé, cristiano bueno*. Documental. Productora Sombracine SRL, INCAA, Buenos Aires.
- Rhys, D. (1976) *A geographic study of the Welsh colonization in Chubut, Patagonia*. PhD Thesis. University of California, Riverside, 606 pp.(inédito)
- Roberts, T. (1995) Peregrinaje por tierras patagónicas: Carta de William Williams 5-XII-1898. En: *Actas del 1^{er} Congreso de Historia de la Patagonia Argentino-Chilena*, p.18.
- Roberts, T. y Gavirati, M. (comp)(2008) *Diarios del explorador Llwyd ap Iwan*. Villa Adelina, Buenos Aires: Patagonia Sur.
- Williams, G. (1969) Welsh contribution to exploration in Patagonia. *Geographical Journal* 135(2):213-227.
- Wood, J. (2014) Una descripción del Manual del Colono de Hugh Hughes. *Los Galeses en la Patagonia* 6:227-245. Puerto Madryn: Asociación Punta Cuevas.
- Wood, J. (2016) *La masacre del valle de los Mártires*. Trelew: Remitente Patagonia.